



Dominación y resistencia del aborigen. Del período colonial al independentista en América Latina

Tania Helena Gómez Alarcón

Estudiante de Derecho. Facultad de Derecho y Ciencias Políticas,
Universidad de Antioquia. Integrante del semillero de investigación

Estudios sociales y políticos de América Latina.

Correo electrónico: taniahelena@gmail.com

Resumen

La independencia en América Latina se ha historiado como obra y acción del hombre americano, criollo, ilustrado, militar, lo cual corresponde a la línea historiográfica megalomaniaca, que solo comprende los cambios en la historia como producto de la existencia de superhombres que la transforman. Este artículo pretende acercarse a otra forma de analizar y contar los procesos históricos, desde ese pensamiento simultáneo de las culturas en contextos concretos que propician el viraje hacia nuevos contextos. La historia es según quien la relata; aquí se exponen los argumentos e ideas desde los no contados en la independencia latinoamericana; las culturas aborígenes de América han sido decisivas no solamente en el pensamiento libertario, sino igualmente en la acción política de la utopía de América.

Palabras clave: Procesos de independencia latinoamericana; Mestizaje; Dominación; Lenguaje; Resistencia indígena.

Dominación y resistencia del aborígen. Del período colonial al independentista en América Latina

Como primera medida metodológica para abordar el pensamiento y la acción de las culturas autóctonas de América en el período independentista, es necesario entender que el apelativo de “indios” o “indígenas” fue un nombre puesto por el discurso español desde una significación peyorativa y colonialista que dejaba claro el carácter inferior de la nueva población descubierta. El hombre español nunca quiso saber cómo se llamaban a sí mismos los habitantes del nuevo mundo, todos eran indios, los llamó así porque su interés fue dominarlos, no conocerlos y, en esa medida, los necesitaba uniformes.

España también conquistó y colonizó a través de su lenguaje, es más, éste fue el instrumento más eficaz y aparentemente el más inocente para imponer su poderío. Aquí se hace indispensable traer a colación el interesante debate que propone Selnich Vivas en su ensayo *Vasallos de la escritura alfabética, riesgo y posibilidad de la literatura aborígen*, cuando plantea que en el lenguaje se encuentran los discursos ideológicos propios de la cultura que construye su lenguaje y, por tanto, cuando se enseña un lenguaje al otro se transmite también un esquema de pensamiento, una forma de habitar y sentir el mundo:

Todos los medios, sean verbales, sonoros, visuales, audiovisuales o multimediales, perfeccionan sus recursos internos de elaboración y administración semántica gracias al uso del sistema simbólico y de la plataforma empleados. A esto se suman las prácticas sociales, en las que dichas semánticas son resultado justamente de experiencias concretas, históricamente documentadas. Con el tiempo tales prácticas sociales se convierten en apropiaciones cognitivas (valores, esquemas, formatos, enfoques, formas de representación, etc.). Esto muestra que el uso social transforma vehementemente a una tecnología neutra y la carga de discursos particulares (p.e. autoritarios, racistas, expansionistas, racionalistas, etc.). Cuando se enseña o se aprende a utilizar una tecnología comunicativa, difícilmente se pueden suprimir u obviar los discursos imperantes connaturales al sistema. Ellos ya son parte constitutiva de sus reglas, de sus codificaciones, en una palabra, de sus modelos de pensamiento. Cada medio fabrica y transmite modelos de pensamiento, maneras de sentir, que de ser empleados acríticamente (con fanatismo) promueven el vasallaje, la dependencia (Vivas, 2009: 4).

La cultura occidental se presentó en América como lo desarrollado, lo evolucionado, como un estadio superior de la humanidad. Pero esta mentalidad no solo se guardó para enriquecimiento de su propia cultura sino que parte de su cosmovisión fue pensar que esa manera de pensar debía ser llevada a todos los lugares, a todos los hombres, como si hubiera una manera verdadera de sentir, racionalizar y habitar el mundo. Esta idea se convirtió para los españoles en una responsabilidad histórica que se arrojaba bajo el argumento de designio divino y que se sustentaba en una razón de fondo que era la propiedad privada y la acumulación de capital.

España nunca entendió que las culturas aborígenes tenían una cosmovisión diferente a la suya, por el contrario, siempre estuvo tan convencida de su mentalidad que cayó en la megalomanía, por lo que toda manifestación diferente a ella era catalogada como

primitiva, supersticiosa y falsa. Aquí se evidencia claramente el modo de conocimiento occidental que comprende desde la oposición. Es inminente, entonces, pensaban los españoles, evangelizar a los indios, quienes se encuentran en un estadio de inferioridad y su estado salvaje no les permite aprehender bien el mundo desde las huestes del dios católico.

Esta tarea fue tomada muy en serio por las bandas conquistadoras y colonizadoras, para lo cual fue necesario mutilar y asesinar en nombre de Dios. El territorio arrasado era territorio conquistado, apropiado y evangelizado. Todo esto se hizo con muerte pero también con la máxima expresión que da cuenta de la vida humana: el lenguaje. Y se emprende una campaña en la que el castellano es el idioma oficial, el cual estuvo acompañado por la escritura.

Para occidente, la escritura es la fase superior del lenguaje oral, por lo que le resulta atrasado formas del lenguaje no escriturales. Pero al igual que el lenguaje, no resulta inocente el uso y la enseñanza de la escritura a ciertos indios que facilitaron el puente entre colonizador y colonizados:

Los documentos escritos se impusieron –según Lienhard– a los pueblos aborígenes con una doble función. En primer lugar, sirvieron para realizar ideológicamente “una toma de posesión territorial en nombre de los reyes (católicos) y del cristianismo” (28). En segundo lugar permitieron “autenticar y atestiguar” (29) los hechos, es decir, dar fe y razón a favor del invasor. La sociedad grafocéntrica que se impuso en América convirtió entonces la escritura alfabética en una práctica político-religiosa y jurídico-notarial. La escritura fue claramente un instrumento del control de las conciencias y un promotor de la burocracia, una invención más propicia para el sometimiento que para el ejercicio del pensar. (Ibid., 18)

Llega la escritura a América y con ella el Sello Real, escrituras de propiedad, decretos, en resumidas cuentas, la Ley y la burocracia. El derecho indiano, como ha sido llamado para significar el derecho que rigió en los pueblos americanos durante la colonia española, legitimó la propiedad privada y la acumulación de riqueza e hizo de la organización social un aparato burocrático sin precedentes en América. Con esto se inserta otra forma de habitar el mundo en las culturas autóctonas que desestabiliza su organización, incluso cuando la mayoría de los aborígenes fueron excluidos de este sistema de comunicación. Los indígenas que ocupaban una posición de mando en la comunidad aprendieron la lengua y la escritura española, se formaron bajo la educación católica, garantizando así el puente entre colonizador y colonizados.

Los españoles destinaron colegios para la nobleza indígena, en los cuales enseñaron los ejes centrales de la cultura occidental: conocimientos bíblicos, jurisprudencia, filosofía clásica y arte. Los misioneros cumplieron una de las funciones más importantes del proceso de colonización y occidentalización de lo que hoy es América Latina, ya que la evangelización –razón por la que fueron enviados– fue la condensación de una cosmogonía europea renacentista que encierra lo político, económico y espiritual. Los colegios, universidades y demás sitios de enseñanza fueron dirigidos por misioneros católicos, quienes enseñaron la lengua, la escritura, la ley y la imagen renacentista

religiosa a los aborígenes.¹ Esto fue muy importante para garantizar la dominación sobre las culturas autóctonas de América, ya que la nobleza india se constituyó en el enlace que podía comunicar a la élite española aposentada en el poder con los pueblos indígenas que serían la mano de obra para su empresa político económica.

Los caciques se encargaron de garantizar el pago de los impuestos a los españoles, de ahí el que estos tuvieran un grado de formación europea que les permitiera comunicarse con el hombre blanco. La comunicación se estableció en términos de dominación, por lo que resulta difícil pensar en un aprendizaje de lo occidental como evolución, avance o desarrollo.

Las élites indígenas fueron en todas partes intermediarias forzosas entre los europeos y las masas indoamericanas. Estas últimas suministraron la mano de obra necesaria para las obras que se realizaron en gran parte del continente, produjeron los artículos y mercancías que requerían los vencedores y arrancaron el oro y la plata de las entrañas de la tierra. Atraídos por el lucro o la novedad, pero sobre todo obligados o engañados, los pueblos autóctonos asimilaron una práctica y concepto europeos del trabajo, y, a la vez, quedaron proyectados a una economía de mercado que vinculó su suerte a la economía europea. (Gruzinski, 1999: 504)

Al indio se le instauraron impuestos y trabajos forzosos muy severos, que lo redujeron a la esclavitud y lo destinaron a la desaparición. La vida del aborigen se limitó a trabajar, trabajar y trabajar para pagar al blanco lo que debía en señal de vasallaje a la Corona española. En los casos de la mita y los obrajes, la vida del indio no fue otra cosa que trabajo. La mita fue una prestación laboral obligatoria, que podía ser pastoril, doméstica o minera, en ella

se hacía trabajar a niños de seis y ocho años; los salarios no se pagaban o se pagaban a medias y tarde, o bien se los sustituía por regalos. No se les daba comida ni velas para la iluminación; y se les fiaba lo que compraban, encadenándolos a la deuda perpetua. Las jornadas eran de doce horas, aunque a veces llegaban a las dieciséis o dieciocho. Los utensilios y la infraestructura eran insuficientes. Cuando los mitayos no podían cumplir con las cantidades fijadas de mineral, solían subcontratar a otros indios, a quienes pagaban de su propio sueldo. (...) La mortandad en las minas era atroz. Era frecuente que los mitayos no volvieran nunca más a su pueblo. (Caranci, 1987: 28)

Los obrajes, por su parte,

eran talleres de curtido, tejedurías, etc., que acabaron convertidos en una especie de talleres-prisión a los que se enviaba, entre otros, a los indios culpables de algún delito. Los salarios eran míseros, las condiciones de trabajo pésimas y se hacía trabajar a los niños, pues resultaba más barato. Del salario se les descontaba la comida y las medicinas, y era frecuente que los obrajeros tuviesen que completar sus ganancias pidiendo limosna o robando (Ibíd., 29).

¹ Como ejemplo más representativo de este modo de dominación a partir del conocimiento y los sistemas de comunicación está el Inca Garcilaso de la Vega, quien ha sido recordado como el indígena (mestizado) más culto de la América colonial y gran conocedor de la literatura Europea.

La encomienda fue una institución establecida como un derecho otorgado por el Rey en favor de un súbdito español (encomendero) con el objeto de que éste percibiera los tributos que los indígenas debían pagar a la corona, en consideración a su calidad de súbditos de la misma; a cambio, el encomendero debía cuidar del bienestar de los indígenas en lo espiritual y en lo terrenal, asegurando su mantenimiento y su protección, así como su adoctrinamiento cristiano. El aborígen era el súbdito del súbdito, esto evidencia el carácter social del indio en la sociedad colonial.

Para occidente lo otro (diferente a su pensamiento) es considerado atrasado, por ello existen en su lenguaje términos como arcaico o primitivo, pues son necesarios para coadyuvar a nombrar eso otro que no se parece a ellos e insisten en llamar peyorativamente a otras culturas que, indiscutiblemente, riñen con su imaginario del mundo. Fue por este imaginario eurocéntrico de opuestos que los españoles debatieron si los indios podían ser considerados o no seres humanos, para lo cual hicieron uso del silogismo socrático que traza su racionalidad: *los europeos creemos en Dios, la creencia en Dios afirma la existencia de alma y los que tienen alma son hombres, por lo tanto, los europeos somos hombres.*

La conclusión es clara: los indios no tienen alma; a través del legado socrático fueron pensados como infrahumanos y tratados como incapaces. Era inminente que fueran encomendados al hombre blanco, quien se encargaría de su catequización y, en este sentido, de la evolución de su especie. Se trataba del argumento perfecto para justificar la dominación sobre el indio. Era menester encaminarlos, así se hiciera necesario exterminarlos.

Con esta racionalidad es claro que la dominación no solo fue material o física como la ciudad cuadrícula, la iglesia, los colegios y los impuestos; esta dominación pudo mantenerse porque hubo una dominación en el campo del pensamiento, de la cultura, de lo simbólico, por ello fueron indispensables imaginarios sobre el indio que justificaran su eliminación. Se dijo que no tenían alma, que andaban desnudos, que eran caníbales, ladinos y que no les interesaba la riqueza y, por ello, hacían la guerra por hacerla, sin sentido alguno. Este imaginario los posicionaba en la condición de infrahumanos, lo que justificaba su adoctrinamiento, esclavitud y exterminio. Eran no culturas, no humanos; eran “otros” jamás reconocibles, pues reconocer su status de humanidad era reconocer su estatus político.

Por supuesto, entender esto no resultaba estratégico para un Estado monárquico en el que la ley era el exterminio para colonizar, era el oro para la corona y así pagar la deuda que estaba llevando a la quiebra a España. Reconocer la situación y la cosmogonía del “otro” era como aceptar la negociación política, postulado que jamás será admitido por un pensamiento que se crea dueño de la verdad.

De esta campaña de desprestigio del indio por parte del hombre blanco nació el mito de los comedores de carne humana. De *caribes* viene la palabra caníbal:

Caníbal es una voz deformada de caribes, gentilicio aplicado a los canoeros de las pequeñas islas descubiertas, en 1492, por Cristóbal Colón. A oídos peninsulares sonó canibas y por relatos acerca del consumo de carne humana que escucharon,

pero no vieron, convirtieron la palabra en sinónimo de antropofagia (Silva, 1990: 59).

Para la cultura occidental, la antropofagia es considerada como un acto repugnante, es un acto de barbarie, calificado como propio de animales carroñeros, lo cual resulta inaceptable para el europeo en cualquiera de sus formas, el hombre debe diferenciarse del animal.

El mito de la antropofagia, con todas las implicancias, se imponía. Nada conecta el relato del banquete con actividades rituales. Se las trata meramente como actitudes cotidianas y desligadas de aspectos ceremoniales. (...) Cuando el canibalismo aparece con relieves verídicos, se enmarca en contextos ceremoniales. Allí todos los testimonios coinciden en dar una misma opinión: la ingestión de carne se conjuga con creencias mágico-religiosas. Tal es la médula del canibalismo cuya explicación nos adentra en un mundo casi incomprensible para el europeo del período colonial americano (Ibíd., Pág. 65).

El mito se expande entre los cronistas de indias y en la iconografía del siglo XVI; se ilustran brazos y piernas de cautivos asados y comidos por aborígenes, entre ellos, mujeres y niños que comen festivamente sin juicio y discernimiento alguno.

La fábula crece y crece a medida que se hacía más necesario contar con energías nativas en las tareas mineras, ganaderas o agrícolas. Esclavizados por ser infrahumanos, obligados a trabajar sin compensaciones materiales y trasladados de un lugar a otro, separándolos de sus comunidades y núcleos familiares, pronto los indígenas caribes se rebelaron y fueron exterminados en la dura lucha de pacificación (Ibíd., Pág. 61).

Antes de descubrir América, en la mente del conquistador ya existía aquello que quería descubrir, América fue una invención de los conquistadores, por ello el canibalismo –o su “barbarie”– no existió en los términos que lo ha narrado Europa.

Los españoles no entendieron las prácticas aborígenes, las tachaban y las eliminaban, ellos tuvieron una misión encomendada por Dios: convertirlos a todos. Por eso con desfachatez pueden responder “nosotros estábamos descubriendo el mundo, no éramos sociólogos”. Y pueden tener razón, hacían como pensaban, no había un plan macabro, ellos creían en la expansión, en la guerra y en el hombre como medida de todas las cosas, esa era su cultura. Aún hoy se cree en esos mismos valores, esa sigue siendo su cultura, que es la nuestra porque nos mestizamos.

El mestizaje hace que la colonización española pueda jactarse de ser menos bárbara que la inglesa, que no se mezcló, apartó y eliminó. Los españoles se mezclaron, por eso América Latina es el entrecruzamiento de ambos mundos. Pero “la mezcla no significa igualdad entre partícipes, sino copresencia de los dos tipos de situación, de manera que se puede afirmar que mezcla y dominación son dos formas ineluctablemente asociadas en el universo latinoamericano” (Gruzinski, 2000: 66).

Siguiendo a Gruzinski, América Latina representa el mestizaje por excelencia. “La mayoría de los indígenas, incluso en la época colonial, son seres mestizos; es decir, así sea

sólo por algún resquicio, han sido hispanizados; así como todos los europeos del mundo colonial también se mestizaron. Los hijos de los españoles fueron criados por nodrizas indígenas, lo que no excluye que los españoles pertenecieran a la élite y la doméstica negra o indígena perteneciera a la capa más baja de la sociedad” (Ibíd., 66). Los españoles se mezclaron pero dejaron muy claro quién mandaba, el mestizaje no supone la igualdad, por el contrario, dejó grabado en la memoria genética la dominación y el vasallaje.

Los españoles se tomaron el trabajo de enseñarle Europa al aborígen e introdujeron el imaginario occidental a través de un proceso mimético. Los indígenas copiaron la artesanía europea a la perfección y fabricaron cualquier cosa imaginada por occidente como instrumentos musicales, construcción y arquitectura. Su capacidad de mimesis fue sorprendente y fue una forma de resistencia también:

Las copias ejecutadas por los indígenas tuvieron repercusiones inmediatas en el mercado colonial y en la competencia con los españoles. Permitieron a los naturales romper el monopolio de los artesanos peninsulares y propiciaron la baja de los precios. (...) Por otra parte, la multiplicación de las copias se llevaba a cabo fuera de cualquier contexto ritual, sin referencia alguna a lo metafísico. Procedía de un concepto materialista del trabajo, ajeno a la tradición autóctona. En este contexto, se integraba a los indios en una economía y en una tecnología occidentales (Gruzinski, 1999: 510).

Pero así como resistían –mediante el mestizaje– sobreviviendo a esta nueva economía de mercado, también a través de la mezcla de estos dos saberes se insertó todo el imaginario occidental, por ejemplo:

Los misioneros recurrieron a representaciones teatrales para explicar y difundir la fe cristiana (...) El mimetismo se ejerció por intervención de los indígenas. El escenario del espectáculo era inspirado por los religiosos pero lo realizaban los indios, quienes fabricaban y montaban los decorados, tocaban y cantaban la parte musical y representaban todos los papeles, e incluso los suyos propios (Ibíd., 511).

De esta manera, siguiendo los planteamientos del historiador francés, el mimetismo impuesto por los españoles a los aborígenes aparentemente esboza una réplica del Viejo Mundo, reproduciendo a la perfección el esquema europeo; sin embargo la representación que hacía el indio de lo occidental le dejaba un amplio margen a su interpretación y versión. Dicho de otro modo, el indígena interpretó, seleccionó y combinó la información que le impuso Europa e hizo otra cosa de occidente mismo, el aborígen mestizó también al español, es decir, España se descubre y reinventa a sí misma a través de América.

En este sentido, el mestizaje se convierte en forma de resistencia a la dominación española. Los aborígenes han resistido a la dominación desde el momento mismo en que se encontraron, si bien la mezcla ha aclimatado la relación de oposición, el aborígen ha tenido que aceptar el pensamiento occidental y esconder el suyo, manteniéndolo en silencio. Las culturas autóctonas de América han resistido siempre hacia la autodeterminación de sus pueblos y su pensamiento emancipatorio sigue absolutamente vigente. Por ello, pensar que su liberación solo fue pensada en los movimientos independentistas criollos es ilusorio cuando su lucha data del mismo momento en que

llegó la conquista española. Las culturas autóctonas de América recurrieron a la guerra, al suicidio colectivo, a la difícil conservación de sus orígenes, a su actitud ladina:

Los criollos siempre han dicho que el indio es ladino, esto es, solapado, no mira de frente, agacha la cabeza, en fin, esconde algo en su pensar. Es un estereotipo muy difundido. ¿Tiene algo de realidad? Ciertamente ese silencio, ese ocultamiento del indígena es una consecuencia de la relación colonial que ha existido desde siempre en América. El ladinismo indígena ha sido una forma de resistir a la cultura europea occidental. Es una manera de asentir sin aceptar la dominación existente. El 'sí, patrón o sí, señor' se ha visto en la práctica que solo esconde una opinión que se reserva, que se guarda para sí mismo y que se esconde, ya que no existen las condiciones para entregarla (Bengoa, 2008:151).

El indio no "copia" del todo, simplemente ha tenido que callarse para sobrevivir a la barbarie y tratar de conservar sus orígenes, el conservarlos ya los pone en una actitud de resistencia, no es una coyuntura, es un estilo de vida que ha estado ahí desde siempre. De ahí, el que se pueda concluir que los pensamientos de emancipación no solo se gestaron en las campañas de independencia criollas, o en los revolucionarios franceses; los indígenas ya lo eran como posición en el mundo, como la vida misma. Pero los occidentales siguen contando la historia y las culturas autóctonas de América, siguen siendo eso *otro* que no es necesario contar.

Sin embargo, el pensamiento independentista hace uso del aborígen para legitimarse, denotando el carácter bárbaro de la cristianización, para lo cual fue muy importante la *Brevísima relación de la destrucción de las indias* de Fray Bartolomé de Las Casas. Para los criollos, el exterminio del indio ahora resultaba terrible, nunca lo había sido antes de las reformas borbónicas y la expulsión de los jesuitas. Cuando se rompe el pacto con la Corona y se pierden privilegios se recuerda con nostalgia al majestuoso imperio Inca y Azteca, se enaltecen las raíces indígenas y su resistencia frente a la dominación española.

Es la alusión a lo aborígen lo que legitima la independencia, no el aborígen quien se independiza a través de las ideas independentistas del criollismo decimonónico. No en vano, Juan Pablo Viscardo -uno de los primeros pensadores dedicados al tema de independencia- se inspira en la rebelión de Túpac Amará para fortalecer sus ideas de autodeterminación americana e independencia relativa a la Corona, las cuales fueron plasmadas en la *Carta a los españoles americanos*.

Otro pensador de independencia, que se valió de argumentos indígenas para justificar la emancipación, fue el jesuita desterrado Fray Servando Teresa de Mier, al cuestionar la tradición sobre la aparición de la virgen de Guadalupe en los años inmediatos a la conquista. Este padre -de ascendencia española y mexicana- sostuvo que el apóstol Santo Tomás convertido en Quetzalcoátl había predicado antes de la conquista, por lo tanto, los indios ya habían sido evangelizados antes de la llegada de los españoles; después se vuelven infieles y la virgen de Guadalupe los reconviene con su aparición en 1531. Esta invención deja sin piso la justificación de la conquista y la colonia, pues los aborígenes ya habían sido evangelizados y toda esta empresa occidental de catequización no se justificaba.

Teresa de Mier también “se jactaba de su ascendencia por el lado materno que hacía llegar a Cuauhtémoc, de tal manera que en varias ocasiones expresó la opinión de que en caso de restablecerse el imperio mexicano, él podía alegar derecho para ocupar el trono” (Mier, 1978: p.3).

Este tipo de consideraciones con respecto a algún nexo con el linaje aborigen se puso de moda entre las élites criollas, quienes empezaron a reclamar un mejor derecho en las decisiones y las riquezas de la América hispánica sobre los españoles peninsulares que no habían tenido ningún mestizaje que los hiciera merecedores de dirigir la vida de este nuevo continente.

Mientras, a inicios del siglo XIX, el sentimiento criollo aumenta como elaboración abstracta, se retrotraen manifestaciones concretas de las ideas sobre todo en el ámbito literario. Se vuelve a los escritos que en el siglo XVII y XVIII habían aparecido en alusión a las culturas aborígenes, reluce la literatura que hace alusión al pasado grandilocuente de los imperios prehispánicos y emerge toda una nostalgia por un pasado que no regresará pero que merece ser vengado y exaltado. Ejemplo de ello es el poema titulado *La muerte del Inca Atahualpa*:

“El sol vuélvese amarillo, anochese,
misteriosamente;
amortaja a Atahualpa, su cadáver
y su nombre; la muerte del inca reduce
al tiempo que dura una pestañada.
Su amada cabeza ya la envuelve
el horrendo enemigo;
y un río de sangre camina, se extiende,
en dos corrientes.”²

Las élites criollas hacen uso de los íconos aborígenes para justificar la independencia y propagar la identidad que debía tener cualquier hombre americano de cualquier casta con ella. El rescate de lo aborigen fue un impulso para ganar adeptos, pues las poblaciones de las colonias en su mayoría seguían teniendo una fuerte ascendencia india, lo que hacía que todos se identificaran con la misma lucha y se camuflaran las intenciones de clase dominante que movía a los criollos a la independencia.

Con la utilización de lo indígena se hacía público y diplomático un discurso que propendía por la justicia pero se ocultaba el móvil determinante de la emancipación, que fue la pérdida de privilegios a los que tenían acceso la nobleza criolla colonial. Entonces, a

² El poema está titulado originalmente *Apu Inka Atawallpaman*. Éste es un fragmento y está referenciado como una “elegía anónima recogida en 1930 por Cosme Ticona en Pisac, calca, Cuzco. José María Arguedas considera que pertenece al siglo XVII”. Tomado de: Castro, Óscar. *La visión indígena de la conquista*. En: Revista Universidad de Antioquia, N° 229. Medellín, julio/octubre 1992. pág. 60. A diferencia de Arguedas, otros analistas contemporáneos de poesía consideran que el poema data de la época de independencias, en las que estuvo en ebullición el sentimiento criollo de identidad regional, por lo que puede considerarse que fue escrito entre finales del siglo XVIII y los inicios del siglo XIX y no por un aborigen sino por un mestizado, que no puede desconocer su profunda influencia occidental. Pero ahora el enemigo es el hombre español, enemigo del inca y del criollo, que asesinó y solo trajo tinieblas al afable y luminoso mundo aborigen, les quitó a los dos sus privilegios.

los criollos los movía un fin noble con el cual podían identificarse cada uno de los nacidos en América, existía una causa común y un enemigo común.

El simbolismo aborígen se instrumentalizó tanto para catequizar como para independizar y no se diferencia del imaginario oficial que se tiene aún del indio: se idealiza el pasado indígena pero se desprecia al indígena de hoy.

Quien hubo de utilizar la simbología aborígen desde los aborígenes mismos, fue José Gabriel Condorcanki Noguera en el siglo XVIII, más conocido como Túpac Amaru:

en su hacienda había fundado un pequeño teatro para representar dramas indios: en él escenificará Apu Ollantay, que se convertirá en un medio de comunicación masiva, al ser presenciado atentamente por los indios en una nueva interpretación nacionalista: protesta contra el despotismo (Caranci, 1987: p.44).

José Gabriel, hijo de caciques, heredará el linaje que lo posiciona en su comunidad colonizada y ejerce la función de intermediario entre españoles y colonizados: gobernar a los aborígenes, recaudar los impuestos y reunir indios para la mita. En la colonia la figura del cacique ostentaba una condición privilegiada dado que no debía pagar tributos y recibía un salario que pagaba su propio pueblo, también se formaba en colegios instaurados por los españoles para caciques y podía tener algunas propiedades.

José Gabriel, descendiente en línea directa del último Sapa Inca Túpac Amaru, ostentaba estas prerrogativas pero también era un condolido de su pueblo, por ello

en cuanto al apellido Túpac Amaru –amaru: serpiente; Túpac: resplandeciente– que le corresponde lejanamente por línea materna, lo antepondrá al Condorcanki para poner de relieve su nobleza incaica. Está orgulloso de sus pasados incas. También lo estará de su sangre española, es decir, de su condición de semimestizo, debida a que un antepasado –el cacique Blas Condorcanki– se casó con la criolla Francisca Torres ya en la primera generación (Ibid., p.9).

El líder indígena vive en el siglo XVIII, siglo en el cual se implementan las Reformas Borbónicas, y época colonial en la que se gestó la razón de ser de las campañas independentistas; la monarquía de los Borbón decide modernizar la colonia hispanoamericana, rompiendo tajantemente el pacto que venía trayendo la Corona con las élites locales de América; se gobierna mediante el sistema de intendencias, los privilegios se pierden, se controla la corrupción en la burocracia, los impuestos y monopolios aumentan y los jesuitas son expulsados. Este siglo fue álgido, porque estallaron continuadas revueltas populares y porque Túpac Amaru abanderó la rebelión más grande y organizada que hubiera tenido que enfrentar España en sus colonias hasta entonces.

Túpac Amaru evoca el pasado grandilocuente de la civilización inca, siendo incluso muy occidentalizado; su condición de líder indígena y el poder que llegó a ostentar como cacique e interlocutor de los criollos y españoles en la burocracia colonial –ejerciendo el cacicazgo de Surimana, Pampamarca y Tungasuca– lo pone en una condición social estratégica para abanderar la rebelión indígena contra los abusos que cada vez más cometían los españoles con el pueblo americano.

Así,

Los indios que más contacto han tenido con los españoles son en el siglo XVIII los de la costa, seguidos de los de la sierra –pero aquí han resistido mejor el impacto extranjero–. La ocupación española se ha retrasado más en el Alto Perú; y los indios de la montaña o bosque tropical, hacia el este, han tenido muy escasas relaciones, permaneciendo marginales. Son los quechuas –y los aymaraes– los protagonistas de las grandes rebeliones indias de este siglo, por ser quienes todas las condiciones objetivas –explotación económica, grado de conservación de la propia cultura relativamente elevado– predisponen para la protesta (Ibíd., p. 24).

Túpac Amaru evoca el pasado y lo hace inspirado por Garcilaso de la Vega, era un gran conocedor de su obra que data del siglo XVII. Pero el hecho de que el líder indio recordara el pasado incaico no lo pone en una condición de romántico utopista, por el contrario, también fue un realista político –lo que denota su grado de mestizaje y occidentalización– pues promulgaba una forma de Estado que seguía manteniendo formas de occidente ya adoptadas pero que velaría por una condición digna de vida para el pueblo indígena. Incluso, en sus inicios activistas dijo no estar en contra del rey sino del mal gobierno, pero las condiciones se fueron radicalizando tanto que su lucha se convierte en un movimiento de independencia frente al Rey y a España. Fue el primer movimiento en proclamar la emancipación total, promulgando un Estado pluriétnico, en el que se eliminaran las formas de explotación al indígena y se aboliera la esclavitud negra, la cual fue decretada por primera vez en América por Túpac Amaru el 16 de noviembre de 1780.

En ese mismo año la rebelión de Túpac Amaru estalla en términos armados, pues él ya venía asumiendo una postura crítica frente a la colonia desde años anteriores; convocó a indígenas, negros y criollos a hacer parte de la insurrección anticolonial y logró congregarse muchos adeptos, controlar un territorio vasto y dirigir tropas de hasta 50.000 hombres aproximadamente. Este movimiento independentista preponderantemente indígena intenta atacar Cuzco ese mismo año, pero fracasa y en 1781 capturan al líder inca traicionado por algunos de sus hombres; lo torturan para obligarlo a declarar, se le pide que delate a sus compañeros de lucha y a cambio se le reducirá la pena.³ En mayo de ese mismo año presencia la ejecución de su esposa y sus hijos, no sin antes ser obligados a oír misa y haberles cortado la lengua.

A Amaru le cortaron la lengua, le amarraron las extremidades a caballos para descuartizarlo sin lograrlo, por lo que se optó por degollarlo. “La cabeza del dirigente fue enviada a Tinta, los brazos a Tungasuca y Carabaya, y las piernas a Santa Rosa y Livitaca. Los miembros de algunos de los ejecutados fueron llevados de gira por distintos lugares. La casa en que nació José Gabriel fue demolida y el suelo regado con sal” (Ibíd., p. 114).

Es sanguinaria la enseñanza europea en América, ya está claro que alguien manda y es Europa, ya está claro que la religión es la católica y la cosmogonía es la occidental. Solo hay una forma de hacer las cosas, las otras son equivocadas, supersticiosas, atrasadas;

³ Esto recuerda la justicia negocial que seguimos teniendo hoy, el entendimiento del pasado sirve para leer el presente y el futuro.

pero, sobre todo, ponen en peligro la dominación española sobre el mundo americano. Así, luego del asesinato de Túpac Amaru:

Se prohíbe firmar posponiendo el título de inca, tener retratos de los reyes indios y vestir luto en los aniversarios de su fallecimiento, llevar ropas indias a la antigua y, sobre todo, la mascapaicha o banda imperial, e incluso poseer las grandes caracolas indias, cuyos extraños y lúgubres sonidos anunciaban el duelo y el triste recuerdo del pasado.

Se prohíben (21 de abril de 1782) los Comentarios Reales del inca Garcilaso (...), se intenta acentuar la asimilación lingüística forzada de los indios por medio de escuelas ad hoc. Se prohíbe la lengua quechua y se suprime su enseñanza en la Real y Pontificia Universidad de San Marcos de Lima (...)

Los supervivientes de la nobleza incaica fueron encarcelados, deportados (unos 90) a España, o ejecutados. Muchos murieron en prisión (Ibid., p. 126).

Ante este silenciamiento y exterminio cabe preguntarse si las campañas independentistas de 1810 cambiaron la suerte de las culturas aborígenes de América. Lo que se puede afirmar es que las ideas de independencia de España no iniciaron con los criollos de principios de siglo XIX, sino que datan de la segunda mitad del siglo XVIII con el movimiento independentista de Túpac Amaru.

América fue arrasada, apropiada y evangelizada por los españoles, lo que supone que no solo hubo colonia –en tanto anexar territorio al imperio español– sino que también se impusieron instituciones, prácticas y creencias europeo-occidentales, cuyo fin fue el de evolucionar a los salvajes a un estado de civilización. Por ello, la colonización de América no fue una mera colonización de territorio, que extrajo riquezas y se fue después rendida ante las campañas independentistas, se trató de una colonización del pensamiento, la palabra, lo corporal y el sentimiento, fue la primera occidentalización global de la historia.

No solo se exterminó en términos de número de muertos sino que también se aniquilaron culturas, lenguas, prácticas, etc., para erigirse en su lugar otras culturas, lenguas y prácticas nuevas, en las que a pesar de que exista un rasgo aborígen –como muestra de resistencia– tienen una predominante de razón occidental. Europa hace parte de nuestra historia y viceversa; nos mestizamos.

Lo que no han querido entender los modernos es que el pensamiento europeo se encuentra en el mismo nivel del conocimiento aborígen, pero como se han parado siempre desde la posición del colonizador les resulta difícil entenderlo; Europa no es la evolución y América no es el atraso; pertenecemos al mismo sistema mundo mestizado, que se repite tal cual a diferentes escalas en cada contexto particular. La razón occidental y el pensamiento aborígen son ficcionalizaciones del mundo, que obedecen a la necesidad humana de ficcionalizar.⁴

⁴ Ver: Iser, Wolfgang (2004). *Ficcionalización: la dimensión antropológica de las ficciones literarias*. En: *Cyber Humanitatis* N° 31 (Invierno de 2004), www.cyberhumanitatis.uchile.cl

Referencias bibliográficas

Bengoa, José (2008). *La emergencia indígena en América Latina*. Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile.

Castro, Óscar (1992). *La visión indígena de la conquista*. En: Revista Universidad de Antioquia, N° 229. Medellín, julio/octubre.

Caranci, Carlo A (1987). *Túpac Amaru*. Ed. Historia 16 Quórum. Madrid.

De las Casas, Fray Bartolomé. *Brevísima relación de la destrucción de las indias*. 1542

De la Vega, Garcilaso. *Comentarios reales*. 1616

Gruzinski, Serge (1999). *Las imágenes, los imaginarios y la occidentalización*. En: Para una historia de América: las estructuras 1. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica. págs. 498-567

_____ (2000). *El mestizaje la regla no la excepción*. Entrevista a Serge Gruzinski. En: Revista Quimera. N° 188-189. págs. 62-70

Iser, Wolfgang (2004). *Ficcionalización: la dimensión antropológica de las ficciones literarias*. En: Cyber Humanitatis N° 31 (Invierno de 2004). En: www.cyberhumanitatis.uchile.cl

Silva Galdames, Osvaldo (1990). *El mito de los comedores de carne humana*. Revista chilena de humanidades, N°11.

Teresa de Mier, Fray Servando. *Ideario político*. Biblioteca Ayacucho.

Viscardo, Juan Pablo. *Carta a los españoles americanos*. 1792

Vivas, Selnich (2009). *Vasallos de la escritura alfabética, riesgo y posibilidad de la literatura aborigen*. Sin publicar.